



Contribuciones desde Coatepec
Universidad Autónoma del Estado de México
pcanalesg@yahoo.com.mx
ISSN (Versión impresa): 1870-0365
MÉXICO

2001
Israel Garrido Montoro
RESEÑA DE "UN FUNESTO DESEO DE LUZ" DE ALBERTO CONSTANTE
Contribuciones desde Coatepec, julio-diciembre, año/vol. 1, número 001
Universidad Autónoma del Estado de México
Toluca, México
pp. 168-169

Un funesto deseo de luz de Alberto Constante

ISRAEL GARRIDO MONTORO

Licenciatura en Filosofía de la Facultad de Humanidades, UAEM

Alberto Constante, autor del libro *Un funesto deseo de luz*, estudia e interpreta a pensadores pilares de la historia de la filosofía, como Heidegger, Descartes, Sade, Bataille y Nietzsche. Resalta el pensamiento de aquéllos que van más allá de lo que la modernidad ha dado; reglas definidas y fundamentos ontológicos eternos. El libro se divide en diez capítulos, en los cuales, Constante critica el pensamiento racional, proponiendo lenguajes diferentes para el pensamiento racional; asimismo, discute el impacto erótico-maligno de Bataille, el mal y el legado del Marqués de Sade, algunas cuestiones de juicio crítico de Heidegger y, por supuesto, trae a colación a otros autores críticos de la modernidad, entre ellos, a Nietzsche.

Refiriéndose a Bataille, y a su concepto de estado moderno, considera a éste como una de las manifestaciones más altas de la razón, una formulación ideológica, una reconciliación entre el universal y el particular, pensada pero no real, legada por la razón ilustrada que, en su representación real origina un incalcula-

ble número de contradicciones, portando un lema llamado progreso que en sí lleva su destrucción. Constante dice que el lenguaje de Bataille no discurre en el lenguaje de la discursividad racionante, sino en el del fragmento, el de la pluralidad y la separación; lenguaje de la duda, de la fragilidad humana; así, abre el lenguaje a otros sentidos, a otras direcciones infinitas y no definitivas, direcciones que llevan a la desesperación por la no-existencia de sentido, pensamiento fragmentario que no busca certeza, y no se deja llevar por la imposición de la voluntad de sistema. Bataille reconoce la trayectoria del saber fundamentado como el inicio de la ignorancia, desembocando en un no-saber. Su pensamiento fragmentario marcha a la inversa del pensamiento objetivante, asume el riesgo de un pensamiento fragmentario que no garantiza ya la unidad, la coherencia, el pensamiento discursivo o la instrumentalización de la razón, que no conduce a una realización concreta de la libertad universal, sino a la creación de una jaula de hierro de racionalidad burocrática de la cual nadie

puede escapar. El pensamiento fragmentario de Bataille es el descuartizamiento del lenguaje, es el habla plural, es replantear el espectro de la razón como una perpetua incertidumbre que siempre está por reaparecer. Similar al análisis de Bataille, lo hace con los demás autores.

Los tiempos modernos han roto el equilibrio entre la vida y el espíritu intelectual, empujaron a la razón hasta un escepticismo y a una pérdida de sentido. El siglo XX ha demolido el optimismo implantado por la modernidad. Citando a Heidegger, la modernidad marca la asunción tanto del utilitarismo cuantitativo como del espíritu conservador de la seguridad, inaugurado por las doctrinas de la ilustración y la filosofía liberal del interés individual. El poder de lo racional se ha cambiado en poder bruto y se vuelve contra la racionalidad misma; el poder que se creía haber conquistado sobre todas las cosas se revela impoder puro, sobre todo con respecto a la tecnociencia. La modernidad ha llevado —sin frenar— a la explotación de los ocios y el desarrollo del consumo. Con el pensamiento moderno —aparte de su felicidad racional— se abre la posibilidad de la ironía, de una nueva forma de humor que rompe con la ley misma de la razón, ley y orden que la misma modernidad establecía, pero no predecía.

Constante hace alusión a Sade cuando éste dedica innumerables páginas a la afirmación de antivalores, no establecidos, pero aceptados, por el pensamiento moderno. Sin embargo, negando ciertos valores, se encuentra la monstruosa ne-

gación en sus principios. Lo que ocasiona la modernidad, con su concepción del ser como fundamento absoluto no es más que la anunciación de la retirada del ser mismo y, por lo tanto, el triunfo de la técnica, entendida como conjunto de prácticas y formas dirigidas a olvidar, a ocultar el ser y a no darse en el tiempo. Por ello la tarea del pensar y la tarea de la filosofía es dar un paso más allá de la tradición metafísica planteando el problema del ser como verbo, como acción.

La frase “Dios ha muerto”, citando a Nietzsche, dice Heidegger, no es más que el resultado de toda una historia milenaria del pensamiento occidental, es decir, el derrumbe de la metafísica. La ausencia de Dios significa entonces que ya no existen los valores absolutos que reúnen a los hombres y las cosas armónicamente, no hay Dios, entonces no hay valores, con ello la metafísica, la modernidad, la razón se aniquilan —por supuesto, esto ya se vislumbraba en sus principios—; ahora hay otras direcciones que desembocan en la incertidumbre y en otras interpretaciones de lenguaje. Es lo que trata Constante: examinar los límites marcados por la modernidad a través del estudio de los diferentes pensadores, resaltando que existe no una sola visión del mundo, sino varias.

El trabajo de Alberto Constante es como él dice: “un intenso y revelador estudio” de los autores citados, una visión diferente a lo que podemos entender de la lectura de éstos.

Constante, Alberto. *Un funesto deseo de luz*. Nueva imagen. México, 2000, 224pp.